

deré en tanto que duren los tres años del luto. Pasado este tiempo acaso podré veros como de costumbre.»

Esto es poco mas ó menos lo que el emperador les dijo, manifestando en la rapidez de la pronunciaci3n, que no queria que le contestasen. Sin embargo, cuando habló de Lange, no acordándose de su nombre, hizo una seña al P. Parennin, y este se lo recordó, con cuyo motivo, y aprovechando esta ocasion pudo decir: «Cuando el difunto emperador negó á Lange el permiso de establecer factorías rusas, se me comisionó á mí para que le esplicára la órden por estar escrita en lengua tártara. Esta órden decia que no debia servirle de pretesto, para solicitar aquella gracia, ver que otros europeos vivian en las provincias del imperio: porque estos, decia el emperador, son unos religiosos que se limitan á predicar su ley, y no se dedican al comercio, ni piensan regresar á Europa. Vosotros quereis comerciar, esto es, entrar, salir y cambiar vuestros dependientes cuando os acomode, y estos dependientes no son religiosos: si infringen nuestras leyes, me veré en la precision de castigarlos: vuestro czar se quejará y esto será un motivo de disgusto entre nosotros: por consiguiente no se puede conceder este permiso.» Yong-Tching comprendió bien que estas palabras rebatian la comparacion que habia hecho; pero aparentó no darse por entendido. Mandó, pues, á los tres misioneros que contasen á sus compañeros lo que él les acababa de decir; despues de lo cual hizo un pequeño regalo á cada uno de ellos, por lo que le dieron las gracias, y despues el P. Parennin le suplicó se dignára persuadirse que los misioneros no estaban tan faltos de sentido comun que vinieran á la China arrojando tantas fatigas y esponiéndose á tantos peligros con designios que pudieran serle perjudiciales.

Este emperador, durante cuyo mando se

vieron por una parte entregadas á los infieles mas de trescientas iglesias que habian sido consagradas al culto del verdadero Dios, y por otra parte mas de 300,000 cristianos sin sacerdotes, sin pastores y destituidos de todo auxilio espiritual; este emperador, tan hostil á la Religion cristiana, poseia sin embargo cualidades que le hacian digno del imperio y por medio de las cuales en poco tiempo se grangeó el amor y el respeto de sus pueblos. Incansable en el trabajo, de dia y de noche no se ocupaba mas que en establecer la mejor forma de gobierno y en procurar la felicidad de sus vasallos. El mejor modo de hacerle la corte era presentarle algun proyecto que se encaminára á la utilidad y alivio de sus pueblos. Solamente el cristianismo halló en él una ciega enemistad, y fué tal la bárbara prevencion de Yong-Tching, que no vaciló en hacer pesar las mas crueles vejaciones sobre una de las mismas ramas de la familia imperial, compuesta casi toda de cristianos. Irritado al ver que hasta los príncipes de la sangre profesaban un culto que él queria proscribir, los envió á un destierro, los despojó de sus dignidades y les hizo sufrir toda clase de malos tratamientos; y por último, los puso en un calabozo, donde casi todos hallaron una muerte gloriosa, sin que ninguno de los convertidos de aquella familia, en extremo numerosa, pensase en redimir la vida por medio de una vergonzosa defeccion.

En el triste estado á que tantas cristiandades chinas se veian reducidas, desoladas por la ausencia de sus pastores, los misioneros buscaban los medios de proporcionarles los auxilios espirituales que les faltaban. Con esta intencion salió de Canton, en abril de 1727, el P. LeCouteux para penetrar secretamente en la gran provincia de Hou-kuang. Verificó su viaje en diferentes embarcaciones de infieles, sin ser reconocido como europeo, ni por los marineros ni por los encargados de las aduanas; lo

cual solo á una gracia particular de Dios puede atribuirse en semejantes circunstancias.

Al llegar á Han-keou, cuyo templo acababa de ser convertido en almacen de arroz, trató de procurarse una barquilla que fuese á propósito para su uso. Mas habiéndole asegurado los cristianos que en Siang-yang le seria mas fácil comprarla, se decidió á pasar á este punto, para lo cual le prestaron una barca muy grande que se hallaba desocupada y en la que se metió solo con sus catequistas. Durante la travesia, apenas se atrevió á dirigir la vista fuera de la barca: los rios desbordados habian salvado y aun roto en varios puntos los diques; las campiñas estaban inundadas y las casas habian sido destruidas ó abandonadas: no se veia otra cosa que barquichuelas llenas de hombres, mugeres y niños medio desnados, con los rostros pálidos y desfigurados por el hambre ó por las enfermedades. Todos ellos se esforzaban en remontar la corriente para buscar algun remedio á su miseria en otra comarca. Hacia el anochecer, muchos cristianos que se hallaban entre aquellos infelices, habiendo sido secretamente avisados por el barquero del Padre vinieron á pasar parte de la noche á su lado con objeto de practicar sus devociones. Estos buenos neófitos no sabian de qué manera manifestar su agradecimiento por el interés que el Padre les manifestaba, aventurándose á tantos peligros á fin de cuidar de su salvacion.

Quando el misionero llegó á Siang-yang, en el pequeño rio llamado Pe-ho, los cristianos le compraron una barca. Esta era sólida, pero de una construccion tan rara, que podia llamar fácilmente la atencion de los infieles y hacer la reconociesen, y además era inútil en los rios pequeños, donde están bajas las aguas. A pesar de eso, no tuvo mas remedio que tomarla, porque no habia ninguna otra. Embarcándose, pues, en ella, se trasladó á las cristiandades de los distritos de Tang-hien y de Nan-yang, donde tuvo el consuelo de encon-

trar gran número de fieles perfectamente instruidos y llenos de los mas religiosos sentimientos. Las barcas de los cristianos iban progresivamente arrimándose á la suya y rodeándola. Durante algunas noches estuvo enteramente ocupado en oír sus confesiones, decir misa y darles la comunión, procurando que todo quedara terminado antes de despuntar el dia. Cierto es, que en semejantes ocasiones, el cuerpo padece; pero el espíritu goza, y la piedad de los neófitos indemnizaba centuplicadamente de todas aquellas fatigas.

Continuando el viaje, le propuso el cristiano que le conducia, apartarse de la ruta para visitar una familia cristiana que tendria un singular consuelo en verle. Quando estuvieron cerca de la casa, enviaron un catequista para que observase si habia en ella algun infiel de la vecindad. Este volvió á poco rato exclamando: «¡Favor singular de Dios! Habeis llegado á tiempo de procurar una santa muerte á un buen anciano que se halla á punto de espirar, pero que aun conserva despejado el conocimiento.» El catequista se volvió á la casa á decir al enfermo que iba á tener el consuelo de ver á un Padre espiritual. En aquel mismo momento entraba el misionero, y el enfermo, al fijar en él su vista, exclamó derramando lágrimas de gozo: «¡Un Padre espiritual! ¡Qué bondad! ¡Cómo ha cuidado de mí la Providencia en el estado en que me hallo!» Luego se confesó con una admirable presencia de espíritu, y respondió á todas las oraciones de la Iglesia cuando le administraron la Estrema-Uncion. Finalmente, un poco antes de media noche, despues de haber hecho todos los actos que la Religion inspira en aquellos últimos momentos, murió tranquilamente en los brazos del Padre. Este contaba ir á descansar un momento en la estancia donde suelen colocar á los forasteros, cuando se presentó un anciano venerable por su larga barba blanca. El misionero, temiendo ser conocido, salió de la estancia con un pretesto aparentando que lo hacia tambien de la casa.

Este anciano era pariente del que acababa de espirar; tenía ya mas de ochenta años; pero aun estaba vigoroso, y era jefe de una secta muy desacreditada en el imperio, conocida con el nombre de Pelien-Kiao. La juventud del catequista con quien se hallaba en aquel momento, le persuadió sin duda, que desatándose en invectivas contra la Religión cristiana, le impondría silencio. Principió, pues, atacando los misterios de la Trinidad y de la Encarnación. Afortunadamente el catequista, instruido ya de antemano del modo con que debía conducirse para confundir á los partidarios de aquella impía secta, no se entretuvo en responder á las objeciones del sectario, sino que por el contrario le rogó que le instruyera acerca de los principios de su secta: cuando lo hubo hecho el anciano, el catequista volvió á tomar la palabra y le demostró todos los absurdos y contradicciones de ella, y por último refutó como por incidencia las frívolas objeciones que contra nuestra Santa Religión le había hecho. El misionero oía toda esta conversacion desde el sitio en que se había escondido, y rogaba al Señor diera vista á aquel ciego voluntario; pero este se empeñó en cerrar los ojos á la luz, y no dió mas respuesta que retirarse, bien que confesando que la ley cristiana era tambien buena. El misionero admiró entonces la profundidad de los juicios de Dios, que le había hecho dirigir los pasos hácia aquel punto para poner el sello á la predestinación del humilde neófito y á la reprobación del anciano endurecido en sus errores.

En las tierras dependientes de Ngan-lo encontró el misionero numerosas cristiandades que se mantenían animadas del fervor mas piadoso. Luego se detuvo en Tehing-Kiang-tsi en obsequio de los fieles que querían hacer devotos ejercicios, y para bautizar á varios catecúmenos que hallándose ya bien instruidos, vinieron de la otra parte del río para recibir la gracia del bautismo, por la que suspiraban hácia ya mucho tiempo. Desde allí pasó á

Ngan-lo, á cuyo punto iba todos los días el ponerse el sol, regresando á la barca al despuntar el día. Nunca notó que nadie fijara la atención en su persona, ni en el camino, ni al atravesar las calles, por lo general solitarias. Mas ¡qué dolor no le causaría el ver los templos ocupados entonces por los infieles, y destinados á usos muchas veces idolátricos, después de haber sido durante tantos años santificados por la presencia de Jesucristo!

Cuando terminó los ejercicios de su misión en aquel punto, dió noticia de su llegada á los cristianos que habitaban en frente de Che-pai, constituyendo un barrio populoso, y se trasladó allí al momento: dejó su barca y se puso por tierra en camino para Ye-kia-tsi. Esta cristiandad daba las mayores esperanzas: había ido formando insensiblemente por los buenos ejemplos y la paciencia de algunas cristianas, entre otras, de una que había estado casada con un infiel de una rica y numerosa familia, llamado Ye, de donde había tomado el nombre la comarca. Aquel hombre, lleno de afecto hácia su mujer, no la turbaba en los ejercicios de la Religión que sin saberlo él había abrazado; pero no podía sufrir que fuese á las reuniones piadosas que el misionero solía presidir. Cierta día que ella se había aprovechado de la ausencia de su esposo para asistir á la reunión, acompañada de su hijo, á quien había tambien convertido á la fé, se presentó aquel buscándola y se la llevó bruscamente, pero sin decirle ninguna mala razón: tanto era el respeto que la virtud de su esposa le inspiraba. De allí á poco tiempo Dios concedió á los ruegos de aquella virtuosa mujer la conversión de su marido, que al fin prescindió de todas las consideraciones humanas que le retenían en la falsa creencia. Él tuvo bastante fuerza de alma para despreciar las burlas de sus amigos; recibió el bautismo, y después de haber pasado un año en la práctica de las virtudes cristianas, murió dando insignes señales de piedad. El P. Le

Couteux se hospedó en su casa, y en ella confesó y administró el bautismo.

Los pormenores que hasta aquí hemos presentado sobre el modo de que este se valía para reunir secretamente á los fieles, indican bastante los medios que en tiempo de persecución se empleaban para establecer y sustentar la fé en las cristiandades aisladas; así que, sin detenernos mas en este particular, solo diremos una palabra acerca de los peligros que corrió el P. Le Couteux.

Gracias á la singular protección de Dios, pudo desempeñar bastante pacíficamente las funciones de su ministerio, y solo en dos ó tres ocasiones se halló á punto de ser descubierto. Una vez se le escaparon imprudentemente á un joven algunas palabras en presencia de algunos infieles, que podían haberlas ido á contar á los soldados de una guardia inmediata, en cuyo caso hubieran estos venido inmediatamente á prender al misionero en la casa que habitaba. Habiendo el Padre sabido á tiempo esta ocurrencia, se puso inmediatamente en camino para un punto distante veinte y cuatro leguas de aquel sitio. Otra alarma fué causa de que no pasara el río por el lado de Kou-tehin. Dos ó tres cristianos, algo pendencieros, en lugar de terminar amistosamente un asunto de interés, fueron á quejarse hasta tres veces ante los mandarines, y en sus acusaciones atacaron á un letrado rico del país. Este á su vez acusó á los cristianos de tener reuniones en que decían fraguaban planes de revolución. De resultas de esto, fueron algunos dependientes del tribunal recorriendo las casas de los cristianos y prendieron á unos ocho ó diez; mas habiendo representado la falta que hacían en sus casas por hallarse en el tiempo de la cosecha, fueron puestos en libertad bajo fianzas. De allí á poco, un neófito anciano causó al misionero nuevas inquietudes. Presentósele lleno de agitación y quejándose de su hijo, por razones que honraban á este y hubieran debido cubrir de confusión á su

padre. Estaba singularmente resentido de los cristianos, porque sin cuidarse de lo que él les había dicho, habían elegido á su hijo para presidir las reuniones y recitar las oraciones acostumbradas. El misionero procuró tranquilizarle; pero el anciano se alejó bruscamente, diciendo que iba á denunciarle á los dependientes del tribunal. El P. Le-Couteux no tuvo mas remedio que retirarse á Kouang-hoa, y rogar á Dios con fervor tocara el corazón de aquel infeliz anciano. De allí á unos meses, volviendo á pasar por el sitio de esta ocurrencia, supo que al fin aquel hombre se había reconciliado con su hijo, y tuvo el misionero la satisfacción de oír su confesión y reconciliarle con Dios. Los que conocían el genio y carácter del anciano, miraron este suceso como un verdadero milagro de la gracia.

El P. Le-Couteux tuvo tambien el consuelo de convertir á un padre de familia que hacía muchos años era de la secta de Pelien. Los individuos de esta secta esperan la venida de un gran conquistador que ha de subyugar al universo. Aquel sectario se desengañó primeramente de la metempsicosis, leyendo detenidamente el libro del P. Ricci sobre la verdadera idea del primer ser, y luego acabó de abrir los ojos leyendo la obra del P. Verbiest, que explica los diez Mandamientos de Dios y la Encarnación del Verbo. Estos fueron los dos libros de que Dios se valió para mover su corazón y hacerle entrar en camino de salvación. Hacia ya mucho tiempo que había renunciado á todas las prácticas de su secta, por lo cual, y después de haber dado muchas pruebas de su sinceridad, recibió el Santo Bautismo. Toda su familia, compuesta de veinte personas, estaba instruida en las verdades de la Religión, y hasta los niños de cinco y seis años sabían de memoria las oraciones y el catecismo. Esta conversión hizo mucho ruido, y fué un ejemplo notable para todo aquel distrito.

El P. Le-Couteux se preparaba á entrar en la provincia de Ho-nan, cuando le avisaron que los

gobernadores mandaban registrar las casas de los cristianos, sospechando que en ellas habria escondido algun europeo. Hacianse estas indagaciones por orden del emperador, que habia tenido noticia de que varios misioneros, desapareciendo de Canton, habian penetrado en las provincias y se ocultaban en las casas de los cristianos. Para informarse mejor, el P. Le-Couteux despachó un propio á Pekin; é interin regresaba, resolvió no poner los pies en tierra y permanecer oculto en su barca, no asistiendo mas que á las familias que habitaban en las márgenes del rio y á los cristianos que encontrase en los diversos puntos en que se detuviera por espacio de algunos dias. Mas no se pasaron muchos sin recibir noticias que le desconsolaron en extremo. Vió llegar varias barcas de Han-Keou, todas llenas de cristianos, que vinieron á hacer sus devociones. Estos le confirmaron lo que se le habia dicho de la orden del emperador para apoderarse de todos los europeos ocultos; no le dijeron mas; pero verosíblemente, conforme al carácter chino, se franquearon mucho mas con sus catequistas. Observó que estos mudaban de color, se quedaban cortados, pensativos y que hablaban secretamente entre sí. En seguida se le fueron presentando uno en pos de otro pidiendo el resto de sus salarios, cosa en que antes no pensaban. El propio, que llegó despues, le trajo cartas de Pekin. El P. Parenin le escribia que un oficial tártaro habia presentado al emperador una acusacion contra los cristianos, en la que, entre otras cosas, decia: que varios europeos habian penetrado furtivamente en las provincias y permanecian ocultos en casa de sus discípulos; que era cierto que el emperador habia mandado que los mandarines hiciesen minuciosas pesquisas en sus distritos; que si el P. Le-Couteux llegaba á ser descubierto, las consecuencias serian funestas para la Religion, y que por lo tanto le aconsejaba que se retirase á Canton ó á Macao hasta que la tempestad se disipase, y que cuando esto hubiera sucedido, podria volver á las mi-

siones segun costumbre. El misionero, despues de haber adorado con profunda humildad al Dios de las naciones é implorado su auxilio en tan crítico trance, llamó á sus catequistas y les dijo que el bien de la Religion y de los cristianos exigia que se retirara por algun tiempo; que aquella tempestad se iria poco á poco disipando, sobre todo, si salian infructuosas las indagaciones que se estaban practicando con tanto rigor, y que entonces volveria á buscarlos y á trabajar con mas seguridad en su santificacion. Ellos, sin poder contener sus lágrimas, le respondieron que tenia razon; que los cristianos en aquellos momentos no se determinarían á recibirlos en sus casas, ni permitir que en ellas celebrasen sus reuniones; que no dejarían de alegar mil pretextos para escusarse de hacerlo; y que, no solamente no conseguiria fruto alguno durante aquella conmocion, sino que comprometeria además gravemente á todos los cristianos.

Gracias á la divina Providencia, el misionero halló en Han Keou la barca de un cristiano, en la que entró juntamente con dos catequistas. Mandó venir á varios de los principales cristianos, á quienes instruyó sobre el modo con que debian conducirse con los demas fieles: luego arregló la impresion y distribucion del calendario para el año siguiente, cosa que los misioneros hacen todos los años, para arreglar, segun las lunas en que se divide el año en aquel pais, los domingos, los dias festivos y los de ayuno. El barquero, que ya le conocia, le condujo á unas cincuenta leguas mas allá de Siang-tang hasta un riachuelo, para cuya navegacion es preciso alquilar unas pequeñas barcas. Muchas fueron las lágrimas que derramó al separarse del Padre, y hasta tuvo la imprudencia de hacer una demostracion de respeto por la que el misionero corrió gran riesgo de ser conocido como europeo. Despues de haber descargado, con una solicitud y esmero muy poco comun en los barqueros infieles, el equipaje del Padre, se hincó de ro-

dillas al tiempo de despedirse; el misionero le levantó prontamente temiendo las resultas de tal indiscrecion si la hubiesen advertido. Al fin, despues de doce dias de penosa navegacion, pudo el P. Le Couteux llegar á Tching-tcheou, donde dejó la barca, y fué por tierra á D'Ytchang, y de alli, embarcándose otra vez, á Canton, en cuyo punto entró el 21 de enero de 1730.

El 18 de agosto de 1732, los misioneros recibieron orden de salir de Canton y retirarse á Macao, siendo inútiles sus reclamaciones y súplicas. Embarcáronlos el dia 20, y les obligaron á marchar en pequeñas barcas, pereciendo uno de ellos en el tránsito. Cincuenta cristianos que los habian seguido á Macao, fueron al llegar á este punto reducidos á prision por los mandarines y cargados de cadenas. Mandóseles regresar á Canton, siendo doce de ellos condenados á baquetas y los restantes á prision. La permanencia de los misioneros en Macao inspiraba aún recelos á los paganos, pues temian que hallasen todavia medios para introducirse nuevamente en la China. Los mandarines, pues, enviaron órdenes para hacerlos marchar cuanto antes á Europa. En algunas provincias se buscaba á los cristianos con el mayor rigor. En la de Fo-Kien unos eran condenados á pagar multas, otros á prision, azotes, y á destierro. Dos misioneros fueron aprehendidos, y á un letrado cristiano se le condenó al último suplicio.

Habiendo sido confinados á Macao todos los misioneros residentes en Canton, los jesuitas que residian en Pekin, donde eran tolerados como sabios, suplicaron al emperador permitiese que tres ó cuatro misioneros se estableciesen en Canton, para recibir las cartas y otras cosas que les remitiesen de Europa, y dirigirlas con toda seguridad á Pekin. El emperador, habiendo admitido á su presencia á cinco de ellos, les manifestó que no habia consentido en la espulsion de los misioneros, sino por las vivas solicitudes de los mandarines:

que las acusaciones habian sido tan atroces, que no le fué posible hacer otra cosa que acceder á sus deseos; que por lo demás nada tenia que ver esto con los que habitaban en Pekin, porque debiendo en lo sucesivo los barcos europeos hacer su tráfico en Macao, seria mas ventajoso para ellos que los que cuidasen de su correspondencia habitasen en este punto y no en Canton, donde los barcos europeos ya no podrian tocar. Respondieron los jesuitas que solo las embarcaciones portuguesas podian tocar en Macao; que los grandes navios europeos, no podrian entrar en aquel puerto por falta de fondo, y que aun cuando pudieran hacerlo, era de poca estension el puerto para abrigar los buques portugueses y los de los demas reinos de Europa; y en fin, que Macao no era una ciudad comercial y que ni siquiera podia suministrar los viveres necesarios á los buques europeos. Esta contestacion dada con un tono modesto, pero decidido, sorprendió al emperador. «Si es cierto, les dijo, eso que decis, no hay inconveniente en permitir que tres ó cuatro de vuestros Padres, regresen á Canton para encargarse de vuestra correspondencia.» Con arreglo á esto, mandó á sus ministros de Estado comunicasen sus órdenes al gobernador general y al virey.

Recibidas que fueron estas órdenes por los mandarines de Canton, contestaron estos remitiendo una instancia mucho mas violenta aún que las anteriores, acompañándola con un plano del puerto de Macao, que ellos habian hecho formar á medida de sus deseos, con objeto de destruir lo que los jesuitas habian dicho al emperador. Estos por su parte, pidieron que se les permitiese sacar una copia del plano, á fin de poder responder con todo acierto: concedióseles como lo pedian, y con este motivo escribieron una Memoria en que refutaron victoriosamente todas las imputaciones de sus enemigos. Los primeros ministros del imperio, á quienes los jesuitas entregaron esta respues-